

# FARO *Editorial*

*En simple, pero a fondo*

Agosto, 2026  
N°12

ERNESTO SILVA  
Director Ejecutivo  
Faro UDD

## *Dos impulsos, una lección: lo que Fontaine distingue y Chile suele confundir*

*“... una política económica exitosa en los países en desarrollo dista mucho de ser el producto de puras fuerzas históricas —es decir, algo que sucede cuando sucede simplemente porque ha llegado su momento—. Lejos de ello, en todos los casos que conozco de cerca, la política muy probablemente habría fracasado (o ni siquiera se habría puesto en marcha) de no haber sido por los esfuerzos de un grupo clave de personas y, dentro de ese grupo, de uno o dos líderes destacados.”*

*Secrets of Success: A Handful of Heroes*  
Arnold C. Harberger

En el debate público chileno se suele hablar de "el modelo" como si fuera un solo bloque, una decisión tomada de una vez en 1975 y sostenida sin fisuras durante cuarenta años. *El Gran Impulso: Cómo la economía chilena despegó entre 1985 y 1989*, de Juan Andrés Fontaine, recientemente publicado y editado por FARO UDD Ediciones, muestra algo distinto y más útil que esa versión simplificada: hubo, en rigor, dos impulsos, no uno. Y la distancia entre ambos —lo que separó al primero del segundo, y sobre todo lo que ocurrió en el intermedio— es, quizás, la lección más valiosa que el libro deja para el momento que vive hoy el país.

Conviene partir por definir de qué se habla. Las reformas económicas y políticas introducidas en Chile en las décadas del setenta y ochenta bajo el liderazgo de los economistas formados en la Escuela de Chicago tuvieron dos grandes momentos. Después de los primeros esfuerzos de estabilización, el primer impulso ocurre entre 1975 y 1981, bajo el liderazgo económico de Jorge Cauas y Sergio de Castro: liberalización de precios, reducción del gasto público, apertura comercial acelerada, una reforma previsional que cambiaría la forma en que millones de chilenos ahorran para su vejez, control de la inflación con inspiración monetarista, entre muchas otras. Fue, en el lenguaje de la construcción, la obra gruesa: rápida, ambiciosa, transformadora. Entre 1976 y 1981, cuenta el autor, el PIB creció a un ritmo de 7,3% anual, impulsado sobre todo por una fuerte expansión de las exportaciones de bienes y servicios. Chile parecía haber encontrado, por fin, el camino, y algunos de sus arquitectos llegaron a proyectar, en discursos de la época, que el país alcanzaría el nivel de desarrollo hacia 1990.

 @faro\_udd

 @faro\_udd

 faro udd

 faro@udd.cl

**faro.udd.cl**

**Cuando las medidas no logran su propósito, lo normal es que surja un cuestionamiento radical al conjunto de ideas que inspiraron el plan. En efecto, la crítica fue frontal contra “el modelo”. El punto no es que “el modelo fallara”, como suele simplificarse. Tampoco es, en el extremo opuesto, que nada de eso haya ocurrido o que deba minimizarse.**

Pero fue también un programa con fragilidades que Fontaine no oculta, y que el libro narra con un detalle que rara vez aparece en la conversación pública. De los tres grandes precios de la economía (tipo de cambio, nivel de salarios y tasas de interés), dos estaban fijos y esa rigidez costó caro. El tipo de cambio fijo, defendido como baluarte de la estabilidad hasta que resultó insostenible, terminó siendo una de las causas de la crisis financiera de 1982-1983, la más severa que Chile había vivido desde la Gran Depresión de los años treinta. De Castro fue, en palabras del autor, “inmolado en la defensa del dólar fijo”. Lo sucedieron, en apenas tres años, cuatro ministros de Hacienda distintos —Sergio de la Cuadra, Rolf Lüders, Carlos Cáceres y finalmente Hernán Büchi—, cada uno ensayando fórmulas cambiarias diferentes en medio de una fuga de capitales y una pérdida de reservas internacionales que en solo tres meses de 1982 hizo subir el dólar en más de 70%. Hacia 1983, el PIB era 13% menor que dos años antes y el desempleo en el Gran Santiago llegó a rozar el 23% de la fuerza de trabajo. El texto señala sin rodeos: la economía “parecía tocar fondo”.

Cuando las medidas no logran su propósito, lo normal es que surja un cuestionamiento radical al conjunto de ideas que inspiraron el plan. En efecto, la crítica fue frontal contra “el modelo”. El punto no es que “el modelo fallara”, como suele simplificarse. Tampoco es, en el extremo opuesto, que nada de eso haya ocurrido o que deba minimizarse. El punto, más preciso y menos citado es distinto: un conjunto correcto de reformas estructurales no garantiza, por sí solo, estabilidad macroeconómica si el diseño de alguna de sus piezas centrales —en este caso, el régimen cambiario— no se ajusta a tiempo. Es una lección de humildad técnica, no una lección sobre la validez o invalidez de un “modelo” entendido como paquete cerrado e infalible.

Consideremos el contexto. Régimen militar autoritario, sistema de mercado disruptivo instalado por un grupo de economistas de Chicago, resultados dispares en el tiempo, costos sociales reales, y resultados dramáticos en los años 1982 y siguientes. Desde el punto de vista de las dinámicas políticas y del desarrollo de las ideas, ese momento estaba llamado a marcar un camino relevante en las decisiones institucionales chilenas. Estaba la opción de retroceder y dejar atrás las ideas de mercado impulsadas por los economistas de Chicago. Estaba la opción —quizás muy compleja— de seguir implementando a rajatabla las ideas sin ajustar las medidas al nuevo contexto o realidad. Y estaba una tercera opción y que resultó la elegida: perseverar en las ideas, aprender de los errores, descubrir y entender las fuerzas y energías de los mercados, y tomar nuevas decisiones con carácter y convicción.

Es ahí donde empieza el segundo impulso, y es ahí donde está el aporte más original del libro. Hernán Büchi asume la cartera de Hacienda en 1985 heredando una economía en crisis y un equipo económico mirado con desconfianza por buena parte del empresariado, que responsabilizaba a esa misma escuela de pensamiento del quiebre reciente. Con él llega lo que Fontaine llama, sin ironía, la segunda generación de economistas de Chicago: Cristián Larroulet como jefe de gabinete, Jorge Selume en la Dirección de Presupuestos, entre otros. La tentación, en ese momento, pudo haber sido doble: abandonar el rumbo de fondo ante la evidencia del fracaso reciente, o repetir exactamente la misma receta con la esperanza de que esta vez funcionara mejor. Büchi no hizo ni una cosa ni la otra. Hizo algo más difícil: corregir sin abandonar. Tipo de cambio real competitivo y flexible en lugar de fijo, un rescate financiero ordenado en vez de una liquidación indiscriminada de bancos, contención decidida del gasto público, apertura hacia exportaciones no tradicionales que hasta entonces Chile apenas exploraba.

**La tentación, en ese momento, pudo haber sido doble: abandonar el rumbo de fondo ante la evidencia del fracaso reciente, o repetir exactamente la misma receta con la esperanza de que esta vez funcionara mejor. Büchi no hizo ni una cosa ni la otra. Hizo algo más difícil: corregir sin abandonar.**

**El libro muestra que el propio proceso reformista fue capaz de corregirse a sí mismo, con datos, con debate técnico interno—incluso con desconfianzas y tensiones humanas entre sus propios protagonistas, que el libro no disimula— y con la disposición a admitir que una pieza central del diseño original había sido un error costoso.**

La profundidad de ese segundo impulso no se advierte del todo si se lo mide únicamente por sus resultados inmediatos. Hay un detalle metodológico que el libro trae a colación y que rara vez se discute fuera de los círculos técnicos, pero que ilumina bien el tipo de paciencia que exige este tipo de procesos: las grandes inversiones mineras, forestales y frutícolas emprendidas en la segunda mitad de los ochenta tardaron varios años en entrar en plena producción, de modo que su efecto sobre la productividad solo se hizo visible ya entrada la década siguiente. La productividad total de factores, que había crecido muy poco durante los años de crisis, se disparó a casi 4% anual entre 1990 y 1995 —la cifra más alta registrada hasta hoy— y explicó, por sí sola, más de la mitad del crecimiento del producto en esos años. El punto merece subrayarse porque contradice un vicio muy extendido en el debate público: el de exigirle a cualquier reforma sus resultados dentro del mismo período de gobierno que la implementa. Los frutos del segundo impulso los cosechó, en rigor, la administración siguiente.

Esto es lo que distingue a *El Gran Impulso* de una simple idealización o condena del período 1985-1990, género del que ya existe suficiente literatura, tanto laudatoria como acusatoria. El libro muestra que el propio proceso reformista fue capaz de corregirse a sí mismo, con datos, con debate técnico interno—incluso con desconfianzas y tensiones humanas entre sus propios protagonistas, que el libro no disimula— y con la disposición a admitir que una pieza central del diseño original había sido un error costoso. Ese es, en rigor, el argumento clásico liberal más defendible y menos comprendido: no la infalibilidad de un conjunto de ideas, sino la existencia de mecanismos —evidencia, autocrítica técnica, disposición a corregir sin pánico ni terquedad— que permiten aprender del error sin abandonar el rumbo de fondo.

Un sistema que no puede corregirse a sí mismo no es disciplina; es dogma. El segundo impulso fue, ante todo, un ejercicio de humildad, aprendizaje y corrección, y por eso aprender de esa etapa nos ayuda a extraer lecciones para leer e interpretar el presente.

Hay una pregunta que el autor no formula de manera explícita, pero que el capítulo final invita a reflexionar. Si la estabilidad de las reglas fue la clave del segundo impulso —y el libro insiste en ese punto una y otra vez—, ¿por qué esas mismas reglas se fueron cargando, con los años, de excepciones, permisos superpuestos y espacios de discrecionalidad que hoy configuran lo que coloquialmente llamamos permisología?

La respuesta no está en el libro, pero se desprende con bastante naturalidad de la propia historia que cuenta. Las reglas simples y generales tienen, con el paso del tiempo, menos defensores organizados que las excepciones particulares. Cada excepción beneficia a un grupo concentrado, visible, capaz de organizarse y hacer sentir su voz ante la autoridad de turno. El costo de esa excepción, en cambio, se reparte de manera difusa entre inversionistas que nunca llegan a materializar un proyecto, entre empleos que nunca se crean, entre exportaciones que nunca logran salir del puerto. Es la asimetría clásica entre beneficios concentrados y costos dispersos, bien conocida por quienes han estudiado la economía política de la regulación, y ninguna reforma, por bien diseñada que esté, la resuelve de una vez y para siempre. Las reglas buenas no se erosionan porque alguien decida destruirlas de un día para otro; se erosionan porque, año tras año, resulta más rentable políticamente ceder ante la excepción visible que defender la regla invisible y sus beneficiarios, dispersos y silenciosos.

**Un sistema que no puede corregirse a sí mismo no es disciplina; es dogma. El segundo impulso fue, ante todo, un ejercicio de humildad, aprendizaje y corrección, y por eso aprender de esa etapa nos ayuda a extraer lecciones para leer e interpretar el presente.**

**Eliminar una traba regulatoria acumulada tiene, en cambio, beneficiarios difusos — proyectos que se aprobarán un poco más rápido, inversiones que se materializarán antes— y opositores puntuales, organizados y con nombre propio: quienes se beneficiaban de la excepción que se elimina.**

Leído así, el mérito de la actual agenda de reformas del gobierno del presidente Kast no es, como a veces se simplifica, que "vuelva a hacer lo que se hizo desde el 1985". Es que asume una tarea que ninguna reforma anterior había intentado con la misma decisión: no crear reglas nuevas — que es lo que sabe hacer casi cualquier gobierno, de cualquier signo—, sino quitar las que se fueron acumulando durante cuatro décadas, cada gobierno añadiendo su propia capa de excepciones, todas justificadas en su momento por alguna razón que parecía razonable.

Esa tarea es políticamente más ingrata que la de crear. Inaugurar un programa nuevo tiene un beneficiario claro, una fecha de corte de cinta y un titular de prensa. Eliminar una traba regulatoria acumulada tiene, en cambio, beneficiarios difusos —proyectos que se aprobarán un poco más rápido, inversiones que se materializarán antes— y opositores puntuales, organizados y con nombre propio: quienes se beneficiaban de la excepción que se elimina. No es casualidad que este tipo de reformas avance, casi siempre, con márgenes de votación estrechos y una resistencia política proporcional al beneficio concentrado que retira. Eso no las hace más frágiles: las hace, simplemente, más costosas de sostener, lo cual dice bastante de quienes deciden intentarlo de todos modos.

El libro deja ver, además, un dato incómodo para ambos extremos del debate chileno, y que rara vez se menciona con la atención que merece. Los gobiernos de la recuperada democracia —Aylwin, Frei, y los equipos económicos que los acompañaron— no desmontaron el ajuste que Büchi había dejado en pie. Lo administraron, lo profundizaron en algunas dimensiones y lo corrigieron en otras: mayor gasto social con responsabilidad fiscal, una reforma tributaria moderada, una apertura comercial todavía más amplia que la heredada.

No hubo, en ese tránsito, una ruptura simbólica ni tampoco una restauración simbólica; hubo continuidad administrada, algo mucho menos vistoso, pero mucho más difícil de sostener en el tiempo.

Ese es, me parece, el verdadero acuerdo de ideas no escrito de la economía chilena de las últimas cuatro décadas: no que la izquierda y la derecha coincidieran en todo —está claro que no—, sino que ninguna de las dos, al llegar al poder, consideró legítimo destruir de un plumazo lo que la otra había construido con esfuerzo y costo social real. Fue gradualismo, no consenso ideológico. Y es, quizás, el argumento que mejor tiende puente entre el liberalismo clásico y una sensibilidad conservadora que valora, por sobre cualquier fórmula económica particular, el orden, la continuidad institucional y la prudencia frente a la tentación de empezar de nuevo cada vez que cambia el color político del gobierno. No hace falta compartir cada detalle del programa económico de los años ochenta para reconocer el valor de esa continuidad. Es, en el fondo, un argumento tan de raíz burkeana como hayekiana: las instituciones que funcionan no deben tratarse como un borrador susceptible de reescritura completa cada cuatro años, sino como un legado que se hereda, se cuestiona y se mejora, no que se destruye para volver a empezar de cero.

Vale la pena detenerse, por último, en el hecho mismo de que este libro exista y se haya presentado como se presentó. Que Jorge Quiroz, actual ministro de Hacienda (impulsor de un paquete actual de reformas) y Sebastián Edwards, un economista formado en Chicago (opositor al gobierno de entonces), con décadas estudiando estos episodios desde una universidad como UCLA, coincidieran en el auditorio de la UDD para presentar juntos un libro sobre decisiones tomadas hace cuarenta años no es un simple gesto protocolar. Es una declaración sobre qué tipo de memoria institucional un país necesita conservar de manera activa, porque ninguna memoria de este tipo se conserva sola: se escribe, se edita, se discute y se vuelve a poner sobre la mesa cada vez que hace falta.

**No hubo, en ese tránsito, una ruptura simbólica ni tampoco una restauración simbólica; hubo continuidad administrada, algo mucho menos vistoso, pero mucho más difícil de sostener en el tiempo.**



**El libro no demuestra que Chile ya sabe crecer. Demuestra que el sistema fue capaz de mirar sus propios errores de frente, corregirlos sin abandonar el rumbo de fondo, y sostener esa corrección incluso después de un cambio de régimen político.**

Fontaine, además, no escribe como un observador externo que reconstruye los hechos a partir de archivos ajenos. Escribe desde adentro: fue parte de la Dirección de Estudios del Banco Central durante buena parte del período que narra, lo que le permite reproducir con precisión el tono de las discusiones internas, las dudas de los propios protagonistas y las tensiones —a veces personales, no solo técnicas— entre economistas que compartían, en lo esencial, la misma visión de fondo. Esa cercanía podría haber sido un riesgo para la objetividad del relato. En este caso es, más bien, su principal virtud: pocos historiadores externos podrían reconstruir con el mismo detalle por qué se tomó una decisión un viernes en particular, o qué otras opciones se descartaron antes de llegar a la que finalmente prosperó.

Ese es, precisamente, el rol que Faro UDD entiende como propio al publicar un libro como este: asegurar que la próxima generación de decisiones económicas esté informada por cómo se construyeron, con qué errores y con qué correcciones, las decisiones anteriores. Un país que no conserva esa memoria está condenado a redescubrir, con costos evitables, lecciones que ya había aprendido.

Porque esa, en definitiva, es la lección más exigente que deja *El Gran Impulso*, y la que conviene no perder de vista en medio del entusiasmo o el escepticismo que despierta cualquier agenda de reformas actual. El libro no demuestra que Chile ya sabe crecer. Demuestra que el sistema fue capaz de mirar sus propios errores de frente, corregirlos sin abandonar el rumbo de fondo, y sostener esa corrección incluso después de un cambio de régimen político.

La pregunta que queda abierta no es solo si existe hoy la voluntad de reformar. Es si existe, al mismo tiempo, la misma disposición a admitir —mientras se reforma, no después de que los costos ya se hicieron evidentes— qué partes del diseño están fallando, como ocurrió con algunos elementos del modelo en la primera parte de los ochenta. Esa capacidad de corregirse a sí mismo, más que cualquier diagnóstico técnico particular, es la que hoy vuelve a estar a prueba.

**Ese es, precisamente, el rol que Faro UDD entiende como propio al publicar un libro como este: asegurar que la próxima generación de decisiones económicas esté informada por cómo se construyeron, con qué errores y con qué correcciones, las decisiones anteriores. Un país que no conserva esa memoria está condenado a redescubrir, con costos evitables, lecciones que ya había aprendido.**